



Para el artista Ernesto
Monteavard,
estas



MEMORIAS DEL HIJO PRÓDIGO

de su buen amigo,
agradecido

Ricardo G.

Buenos Aires 2-XII-86

Buenos Aires, 1 - XII - 86

RICARDO ADÚRIZ

ABOGADO

Amigo Ernesto:

Quiero reiterarte, de
corazón, la gratitud expresada en
mi llamado de hoy, así como reafir-
mar mi contento y aceptación - muy
honrado, por cierto - de ser tuichuado
en tu próxima exposición de escritores,
en su gesto cotidiano.

Ve tus trabajos en ATIC, el día 10,
cuando vaya por allí. Que estos
dos libros sean una pequeña
muestra de mi gratitud y afecto,
hacia tu persona, y te tienda de
admiraación por tu trabajo anti-stor.

Un muy cordial abrazo, de

Wardlaw

Cuarenta y dos poemas de amor

Poesía figurativa

Carmen Bravo Villasante

Col. Almarabín. Poesía. Madrid, 1985

El amor es el común denominador en su cálida condición femenina del lirismo de las poetisas españolas. Encendido y exaltado, jamás llega a la neurastenia de algunas autoras hispanoamericanas. Así, en Carmen Bravo Villasante, insigne ensayista y biógrafa, que ha alcanzado el máximo puesto como cultivadora y experta de literatura infantil, entre otros magisterios, y que nos sorprende con estos «Cuarenta y dos poemas de amor», editados con una exquisitez que corre pareja con su contenido depurado y maduro. La poesía española cuenta ya con ella. No parece sino que Carmen Bravo ofrezca el delirio de un decantado oficio poético que haríamos de relacionar con las «tánkas», «haikais» orientales si no lo vedase la hondura de pensamiento y el rigor de lenguaje de lo que la propia autora llama «poesía figurativa». Animado el libro con preciosos dibujos y viñetas de Antonio Santos —en la secuencia de ese otro gran pintor e ilustrador de poesía como es Julián Grau Santos— la autora concentra en él su experiencia del amor y su reflexión en torno al tan deslumbrador fenómeno, con un trazo lírico en el que la sobriedad no oculta las imágenes resplandecientes y luminosas ni las espejeantes ráfagas de la teoría amorosa.

Carmen Bravo desborda el paisaje amoroso con una rama estilizada de rísal o con las «nonadas» de un mohín esquivo. Taxativa y rotunda en su pensamiento, como escueta y directa en su lenguaje, este libro —dos veces bueno, por breve— la coloca en un horizonte privilegiado. Porque todo lo que es requilorio ha sido tajado lo mismo que el afán puramente geometrizable. Llamar a estos poemas «poesía figurativa» puede engañar al lector. Tienen el vértigo de la flecha disparada al blanco esencial, y siempre aciertan.

Son poemas que sugieren un ámbito clásico, pero con la estría vital por dentro. Y nada obsta la limpieza marmórea de su forma para levantarse como columnas de una lírica esencial y profundamente bella. Carmen Bravo se refiere a un amor siempre vivo, mediante una memoria perfectamente controlada. Se mantiene en un área lírica por encima de los peligros de una sentenciosidad epigramática, pese a titular así algunos de ellos. «Aunque no me ames, / me conformo con verte. / El mundo existe / porque tú existes. / Y la maravilla / es tan grande, / que yo vivo —porque tú vives.»

Hay que elegir acaso los «Poemas del amor esquivo» por sobre los «Epigramas» o «Abrazo», porque la esencia lírica nace con mayor frescura: «Penetré / en el bosque —en el que / hubiéramos / podido / amarnos. Era la / hierba / intensamente / verde. / Oh, qué belleza / tan penetrante tenía / tu cuerpo ausente.» O aquella otra pieza tan briosa: «Entre tú y yo / hay una guerra. / Combatimos / te levantas / te alzaso vencedor / con cruel sonrisa. / Como el sol / vence a la noche / tú me vences / a mí todos los días.»

F. M. R.

Memorias del hijo pródigo

Ricardo Aduriz

Ediciones Taladrir. Buenos Aires. 1985

Ricardo Aduriz hace de la emoción una verdadera patria. Una patria en la que su territorio objetivo es la memoria. En ella plantó hace algunos su «torre del homenaje», para avisar y guardar fidelidad a la España de Arcentales, y para volver bíblicamente a la Argentina de su camino a Rivadavia, como quien vuelve a la casa del padre. «Memorias del hijo pródigo» nos adentra en seguida en el marco de su transmutación evocadora y en la materia de sus sueños, y no obstante el regreso sólo es en la intención, ya que no en la realidad objetiva. Ricardo Aduriz, poeta argentino de larga «estadía» aquí, con el corazón prendido en un lugar en Vasconia, se produce (cualquiera que sea la cronología de su existencia) sin solución de continuidad entre España y Argentina.



Ricardo Aduriz

Digamos y aclaremos —así el «mensaje» de este libro se entiende mucho mejor— que «Memorias del hijo pródigo» es una suerte de arco iris sentimental, un pacto de sangre, entre el poeta intimista y poderoso y el lírico puesto delante del paisaje. Porque todo en él es mundo interior, efusión cordial y entrañamiento. España, como decimos, tiembla en sus versos ya desde sus primeros libros «Para poblar mi desierto» (1966), algo más implícita en «Por donde Dios se escapa» (1967), entregado a una zozobra nitidamente existencial. Y, claramente, expuesta en «Desde el silencio» (1977) y «Torre del homenaje» (1979), libro bañado de una melancolía temporal rezumante de ancestros españoles.

En realidad, estas «Memorias del hijo pródigo» responden a la parábola únicamente en el gozo del reencuentro con Buenos Aires, puesto que hay pocas pústulas que restañar y, desde luego, ningún tiempo perdido. En vez de dilapidar el tesoro de los sueños, los días solitarios del poeta y sus memorias de ceniza le permiten reescribir de nuevo la conquista y, aún si se quiere, la reconquista de sus emociones en personas y lugares —la avenida la Plata, los amigos, Anzoategui, Bernárdez, el padre o los hermanos, el mar de Cantabria y los domingos felices, etcétera— apenas rebaja o erosiona el calado de un libro, cuyo máximo nivel está en la profundidad del desencanto humano, en saber que no hay nada detrás de las palabras, aunque una sombra matinal y arbórea esparce todavía fragante el increíble girar del universo.

Por sobre otras consideraciones, «Memorias del hijo pródigo» es un poemario libre de recurrencias sentimentales y sensibleras. Aduriz evoca desde las galerías de su alma y

trabaja en el laboratorio de un idioma cálido y elegante, pero sin elipsis y sin retorcimientos léxicos. Hay en su muñeca expresiva una «tradicionalidad» nada fósil que, por el contrario, ayuda a la mejor comunicación para transmitir las emociones y todo lo que las emociones suponen. En alguna ocasión he escrito que Ricardo Aduriz lleva disuelto en su conciencia todo su pasado —pasado que es activo y presente, de ahora mismo— y que al echárselo a la espalda dejaría su manera eficaz de asimilarlo.

Ocurre que en «Memorias del hijo pródigo» la metáfora a la que se acoge le permite abrir un ámbito sugerido muy amplio en el que su peregrinaje deja sus señales acezantes y ciertas. En el libro hay partes que no difieren en el tono, aunque si acaso en el acento; los poemas de la primera parte contienen la meditación de una errancia que somete los espejismos del caminante a revisión y sabe que los caminos de la noche apenas llevan a ninguna parte. También los castillos de arena y los días mejores son más alucinantes que sustanciales. Aduriz deja aquí que su melancolía actúe como telón de fondo para organizar sus desolaciones. Al poeta le va muy bien el poema largo, cadencioso, donde su arrastre emocional rioplatense asoma de vez en cuando.

Mas es en la segunda parte donde la metáfora tiene cabal cumplimiento. El «hijo pródigo» necesita de los otros para comprobar el vacío de una vida. Y esto sólo tiene lugar cuando vuelve al cuarto despoblado en el que fue aprendiz de hombre libre, y allá por frente a la iglesia de Santa María, «sigue viendo un gol de San Lorenzo». El reencuentro no es una simple lejanía acortada. Aduriz, además del calado bíblico que subyace al fondo de su libro, se instala también en un nivel alto como demuestra en «De la comunión de los santos» o en «Extraña servidumbre». Quiere quedarse quieto, como un reloj sin horas, acaso para serenarse tras el «safari» de una existencia viajera e inquieta. Aunque, digámoslo claramente, intensa y cumplida.

Destacan en «Memorias del hijo pródigo» varios sonetos como «Reloj de sombra», «Por la avenida del Plata», «Oficio menor», «Anzoategui», «Bernárdez» o «Marechal». En ellos, la peculiarísima libertad rítmica ya conocida por el poeta le permite revitalizar su formalismo y cerrar con rotunda precisión su densa efusividad. Porque no en vano Ricardo Aduriz es recibido con una túnica rica y bella en la casa de la poesía, sino que también sabe encender las lamparas de su verso en piezas de ajustada belleza. Además de algunos poemas citados, lucen con turbación humanísima «Aprendiz de ciego», «El poeta», «Mar de Cantabria», en cuyo latir inalterable, en cuya respiración envolvente de animal adormecido o de luminosa señal, un gran corazón nos da todos sus instantes para nosotros solos.

Florencio MARTINEZ RUIZ